

Octavio Quiñones Pardo

## Isaías Gamboa, poeta



COLOMBIA tiene pendiente con Isaías Gamboa una deuda de gratitud, porque no le ha devuelto en gloria lo que el poeta y ciudadano eminente le dió en prestigio y celebridad.

No hace muchos años visité a Panamá, y en charla amigable con algunos intelectuales de aquel país, hablábamos de los poetas de América, y alguien citó a Isaías Gamboa como poeta chileno. Asombrado por la falta de información literaria de mi amigo, rectifiqué aquella información, con tan mala suerte, que el admirador de Gamboa me desconcertó, y—¿por qué no decirlo?—me avergonzó, haciendo el recuento pormenorizado de los honores oficiales con que Chile distinguió al poeta caleño, que tan pródigamente correspondió al efecto y a la admiración de aquel pueblo, dedicando su vida quebrantada a la educación de la juventud y a las más resonantes y fecundas campañas culturales en el periodismo, en la tribuna y en la cátedra.

Una mezcla de orgullo, de admiración y de pena causó en mí el entusiasmo con que aquel muchacho reclamaba para Chile las glorias de Isaías Gamboa, y la pena se ensanchó en mi corazón, cuando me preguntó qué había hecho Colombia para glorificar la memoria del poeta.

Caso parecido y más impresionante ocurrió hace pocos años en París. En maravillosa conferencia que dictó ante un público compuesto por intelectuales de Hispanoamérica, una eminente

personalidad chilena, hizo un fervido elogio del poeta caleño, a quien presentó a la admiración universal como gloria de Chile. En el auditorio selectísimo que llenaba la sala se encontraba nada menos que un sobrino del poeta, el doctor Severo Reyes Gamboa, quien ocupa actualmente una curul en el senado de Colombia, como representante del Valle del Cauca. Sé por referencias la impresión que aquella afirmación causó en el ánimo del doctor Reyes Gamboa; sé que este distinguido caballero se entrevistó con la aludida personalidad chilena, a quien hizo la rectificación del caso, y sé también que esa rectificación no llegó a publicarse nunca, para que ese silencio fuera interpretado como un homenaje de orgullosa gratitud hacia el país hermano que en forma tan gallarda se enorgullecía de tener como suya una gloria nuestra.

En Chile, en el Perú, en Ecuador y Venezuela, en Costa Rica y El Salvador, el nombre del poeta caleño está vinculado íntimamente a la historia del periodismo, de la literatura, de la pedagogía, de la cultura en general. En todos estos países Isaías Gamboa hizo labor fecunda, enaltecedora y perdurable, siguiendo así la huella brillante que le señaló su ilustre hermano Francisco Antonio, quien de la Escuela Normal de Popayán, en víspera ya de obtener su grado, en 1885, pasó a los campamentos revolucionarios, desde los cuales luchó denodadamente por el triunfo de su partido, de su viejo y glorioso partido liberal. Cayó prisionero, e indultado, emigró a El Salvador; allí se dedicó al magisterio, y brilló además, como poeta y hombre de ciencia. En aquel país fundó su hogar, y en tal forma modernizó los sistemas pedagógicos, por lo que llegó a desempeñar el alto cargo de director general de instrucción pública. Y aun más: se le ofreció reiteradamente el ministerio del ramo, y nuestro compatriota declinó el honor, por no verse en el caso de renunciar a la ciudadanía colombiana.

Isaías también fué revolucionario en la guerra de los mil días, cuyo estallido le sorprendió en Bogotá, donde dirigía un

afamado establecimiento de educación. De aquí salió con el varonil entusiasmo de sus 27 años, en busca de los campamentos revolucionarios, y se incorporó como soldado en el ejército que se cubrió de gloria en la campaña de los llanos orientales. Cumplió importantes misiones en Venezuela, de donde regresó por la vía de Barranquilla, volviendo a actuar en los campos de la revolución. Pero vino el golpe de Palonegro, en 1901, y el poeta soldado se vió en la necesidad de emigrar a Centroamérica.

Al llegar a Costa Rica, como Francisco Antonio cuando llegó a El Salvador, a raíz de la revolución del 85, ocupó un alto cargo en la instrucción pública, pero esperanzado todavía en el resurgimiento de las fuerzas revolucionarias que combatían por la libertad de su país, abandonó honores y comodidades y voló a Guayaquil a reunirse con un grupo de compatriotas liberales que preparaban una expedición para venir a reforzar las fuerzas revolucionarias que luchaban en el sur. Pero vino el tratado del Wisconsin, y el poeta prefirió ir a Chile a disfrutar la libertad que en su patria no logró conquistar el liberalismo en los campos de batalla.

En Chile, el poeta continuó soñando con el triunfo de su partido, y parece que sus primeras actividades en la hermana república estuvieron relacionadas con alguna misión secreta encaminada a favorecer la causa política en que militaba con tanto ardor y entusiasmo, seguro de que el triunfo liberal significaba el engrandecimiento y la gloria de su patria, a la cual dedicó siempre sus mejores pensamientos en el destierro:

Llevado de ese instinto, de ese anhelo  
que al hombre impulsa y al azar lo arroja,  
te dejé, ¡oh, patria!, y fuí como la hoja  
que la tormenta arrebató en su vuelo.

Y aunque otro noble, hospitalario suelo,  
solaz me brinde y con amor me acoja,

pensando en ti con íntima congoja,  
quisiera estar bajo tu limpio cielo.

El vario giro en que mi suerte rueda  
hizo en mi pecho un lúgubre vacío.  
¡Sólo tu culto en mi santuario queda!

Y, pues, que todo en mi vivir sombrío  
ha muerto, menos tú, patria! recibe  
mi amor a ti, que sobre todo vive.

A su paso por Puerto Rico, cuando emigró por primera vez, escribió su famoso canto «Ante el mar», en el que hace alusión a los dolores de la patria, dominada entonces por el clericalismo:

Yo, el errante peregrino,  
a quien dió fatal destino varia senda,  
¿dónde plantaré mi tienda?  
¿A qué golfo de ventura mi barquilla arribará?  
En el frío desamparo de la ausencia, sobre un atrio,  
he soñado en los vergeles de mi hermoso suelo patrio...

Mas su imagen no me alegra:  
en su cielo se ha extendido una torva nube negra...  
Profanado el Sacro Monte,  
¡Yo me acojo bajo el ancho pabellón de tu horizonte,  
libre mar!

El amor a su patria lejana fué siempre un culto para Isaías Gamboa, y la idealista actividad del poeta revolucionario en favor de su glorioso partido, no desmayó nunca. Soñaba con los himnos marciales, y escribió bellos cantos en honor de «Las huestes colombianas» de la heroica lucha emancipadora:

Cuando de Boyacá la postrimera carga triunfal estremeció el vacío  
«¡marcha!», clamaron, y al compás bravío  
de aquellos héroes, retembló la esfera.

Carabobo los vió; la cordillera del sur después; y el Yunambé  
[sombrió  
viólos pasar, y de Pichincha el frío  
los agrupó al rededor de la bandera.

Salvarás los históricos confines;  
Junín hoyó el tropel de sus corceles;  
Ayacucho la voz de sus clarines.

Y atravesando bosques de laureles  
entraron en ciudades populosas  
entre lluvias de mirtos y de rosas.

Uno de los dolores más hondos que sufrió el poeta durante  
su atormentada existencia, fué, indudablemente, el desgarramiento  
que sufrió Colombia el 3 de noviembre:

¡Colombia! ¡Dulce patria! A ti mi vista,  
a ti mi pensamiento tiende el vuelo  
en busca de esperanza y de consuelo  
en la noche de horror que te contrista.

Mientras un punto de tu tierra exista  
bajo tu hermoso pabellón de duelo,  
allí será mi patria, allí suelo,  
donde la lucha por tu amor resista.

A la nación despótica extranjera  
malos hijos te venden, y ancha herida  
abre en tu corazón su mano artera.

Alza la frente en el dolor rendida  
que nosotros tu histórica bandera  
defenderemos hasta dar la vida.

Es indudable que esta dolorosa tragedia que sufrió la patria, influyó mucho para apresurar el fin de la atormentada vida del poeta. Los intelectuales de Chile empezaron a preocuparse seriamente por la salud de nuestro compatriota, y los médicos más eminentes le ordenaron un inmediato cambio de clima que él empezó a demorar «para mañana», siempre, «para mañana», porque la bella capital de Chile, Santiago, lo tenía agarrado por el corazón...

A la bella damita chilena que constituyó el más grande amor de su vida, el poeta decía por aquellos días:

«Es posible que en estos ocho días vaya a verte a San Bernardo, en cualquier estado en que me encuentre. El médico me dice que aquí no mejoraré, que el clima de Santiago es mortal para mí. ¡Ah!, ¿qué sobrevendrá? ...».

Y quince días después:

«No he podido escribirte; no lo he podido moralmente. Pero ahora ya no es preciso demorar esta carta más. Nada se debe ocultar a una alma digna de recibir la verdad. Es preciso que te diga lo que ha sobrevenido de la fecha de mi última carta a esta parte.

«Mi enfermedad ha tomado caracteres funestos. Los médicos han acordado que yo debo salir cuanto antes de aquí; que si me quedo, cada día que pase me será fatal; que el único remedio es alejarme de esta zona. Ante esta decisión médica, yo me pregunto: «¿A dónde ir, imposibilitado ya para la lucha? ¿A dónde, sino a mi casa?» Esta idea y la idea de nuestro amor, han producido el desconcierto en mi espíritu. El corazón me dice que me quede, por ti. La razón me dice: «¿Para qué? ¿Para qué, si tenemos que renunciar forzosamente a la felicidad? ¿Para qué, si el quedarme no ha de juntarnos, pues habremos de ir por dis-

tintos caminos, tú a la vida; yo . . . , a «otra parte»? Y al fin, tú tendrías que lamentar algo más triste que la ausencia . . . ».

«—Feliz quien ha tenido un grande amor que ilumine su vida! El que ha amado hasta la sublimidad, ya puede vivir. . . ¡Y ya puede morir! ¡Tú, ya puedes vivir! . . . ¡Yo. . . , ya puedo morir! . . . ».

La cruel enfermedad, sorda y ligera, aniquilaba rápidamente la vida del poeta. Sintiendo morir, se agarra angustiosamente al recuerdo de su hogar lejano, del dulce retiro campestre donde pasó la niñez, donde creía encontrar ahora la vida en el calor de los brazos maternales. El Mameyal, su casa paterna, situada al pie de los farallones, en la falda más bella de la cordillera occidental; al frente, el maravilloso panorama de su valle nativo; al pie, Cali, su ciudad amada, su ciudad señorial, su florida ciudad de tan gratos recuerdos . . . :

¡Oh, Mameyal inolvidable,  
sitio de paz y de quietud!,  
¡dulce retiro con que sueña  
mi atormentada juventud!

«¡Llegar!, llegar siquiera», había gritado dolorosamente el poeta en la última carta que le escribió a su madre dos días antes de salir de Santiago.

Ya en víspera del viaje de regreso, el poeta estuvo en el puerto, y allí escribió, en la cartera de uno de los muchos amigos que lo acompañaban, esta estrofa de uno de sus más bellos poemas:

Se va un gran buque de gallardo porte;  
su alto penacho mis miradas guía,  
dobla la costa; se dirige al norte,  
¿irá a la patria mía?

Los intelectuales de Santiago, sufrieron indeciblemente al ver que la vida del poeta se iba extinguiendo rápidamente. En

Valparaíso recibió los últimos abrazos de Víctor Domingo Silva, Manuel Magallanes Moure, Augusto Thomson y Alberto Masfener, quienes lo despidieron a bordo del vapor que había de restituirle a su patria. Era el 19 de junio de 1904

El sentimiento de pesar de la prensa de Chile por el viaje de Gamboa, fué unánime. La importante revista «La Ilustración», comentó la ausencia del poeta en un bellissimo artículo, al cual pertenecen estos párrafos:

«... Es tan común entre los poetas tropicales, cuando viven algún tiempo alejados del terruño, enfermar de nostalgia.

Naturalmente, nuestro sol no puede ofrecerles rayos tan ardientes como aquellos del sol tropical, aunque nos esforcemos por compensar ese calor con el de una amistad sincera, nunca lo alcanzaremos, pues que allá

où la brise es plus dauce et l'oiseau plus léger,  
où dans toute saison butineut les abeilles,  
où rayonné et sourit comme un bienfait de Dieu  
un eternal printemps, sous un ciel toujours bleu,

está el hogar con todos sus encantos y alegrías, los padres, los hermanos, los recuerdos del pasado, tal vez una mujer que se ama...

«Nuestra revista, al publicar el retrato de Isaías Gamboa, nuestro distinguido amigo y colaborador, cumple con el deber de enviarle su más cordial saludo de despedida. Ojalá la enfermedad que lo aqueja desaparezca pronto. Entretanto, rodeémosle de los cuidados de nuestro cariño, supliendo, siquiera en parte, las ternuras de su hogar lejano, al que no tardará en regresar, después de haber dejado en Chile recuerdos imperecederos como distinguido intelectual y distinguido caballero».

Otra revista de renombre continental, «Pluma y Lápiz», registró así el viaje del poeta:



«Silenciosa, casi furtivamente, hurtándose a las afectuosas demostraciones de cariño con que sus amigos y compañeros de letras iban a darle la despedida, se ha ido Isaías Gamboa, nostálgico de su tierra nativa y enfermo de las inclemencias de nuestro clima. Espíritu nobilísimo y sensitivo, alma ingenua y bondadosa, talento verdadero y modesto, esas fueron las condiciones con que Gamboa supo captarse entre nosotros el sincero afecto que tan raramente brota en la huraña, cuando no recelosa camaradería intelectual...».

Y así todos los periódicos del gallardo país hermano.

Las alumnas del liceo «La Ilustración», al saber que su querido profesor se encontraba enfermo, y había decidido regresar a su tierra natal, le enviaron un ramo de flores y una carta afectuosa, gentiles demostraciones a las que el poeta correspondió con las siguientes líneas:

«En una hora triste vino a alegrar mi espíritu el precioso obsequio de ustedes; flores que perfuman mi habitación de enfermo, pensamientos del alma, que perfumarán el resto de mi vida.

«Feliz yo, que al regresar de mis peregrinaciones de soñador, llevo algo más que una corona de laureles: una guirnalda tejida por las Gracias.

«¡Adiós! Sean ustedes felices, y no olviden a su profesor y amigo.—*Isaías Gamboa*».

Cuatro días antes de su salida de Valparaíso, dirigió a los redactores del diario «El Mercurio», la siguiente carta:

«Solicito un pequeño espacio en la sección que usted dirige, para despedirme de mis amistades chilenas, ya que no puedo hacerlo personalmente, y manifestar mi gratitud por todas las atenciones que me han prodigado durante mi enfermedad. Mi mala salud me obliga a dejar a Chile para volver a Colombia; y aunque el regreso a mi patria me causa inmensa alegría, siento al mismo tiempo un pesar tan profundo, que por él comprendo

cuánto me es querida esta tierra chilena hospitalaria, donde he encontrado leales corazones para confortar el mío, y nobles estímulos para alentarme en mi modesta carrera literaria.

«A dondequiera que yo vaya, Chile tendrá en mí al más adicto amigo.—*Isaías Gamboa*».

Con la carta anterior y con el siguiente soneto, se despidió el poeta caleño de la gran nación del sur:

¡Salve, heroica nación, altiva y fiera,  
que domar sabes opresoras sañas!  
Como el Cauplicán de tus montañas  
en los combates con la gente ibera.

La sublime, encumbrada cordillera  
y el mar azul en que tus costas bañas,  
han visto las homéricas hazañas  
de que volvió triunfante tu bandera,

Pero el poeta no alcanzó a llegar a su tierra del alma.

El buque que lo conducía hizo escala en el Callao. Noticiado del caso, el colombiano señor Adolfo Sáenz Santamaría, fué a bordo con el objeto de saludar a su compatriota, y lo encontró en tan grave estado, que se formó el convencimiento de que si el enfermo continuaba el viaje, sucumbiría en el trayecto. Entonces, decidió bajarlo a tierra y trasladarlo al balneario del Barranco, a poca distancia de Lima.

«Del Barranco—dice uno de sus biógrafos chileno—el poeta fué llevado nuevamente al Callao. Allí, el hospital de Guadalupe le abrió sus puertas misericordiosas. En un lecho confortable aun vió subsistir por algunos días su obligado exilio, hasta su muerte, ocurrida el sábado 23 de julio de 1904, a las cuatro y media de la tarde.

«Manos piadosas, pero extrañas, habían cerrado sus ojos

El señuelo que él cromatizó en su novela «Tierra nativa», de vivir cerca del pejugal de sus mayores, en una casita blanca, había quedado roto y destruído para siempre».

El homenaje que se rindió en Chile a la memoria del poeta, fué una verdadera apoteosis. En Colombia, solamente los intelectuales de Cali, la ciudad nativa de Gamboa, cumplieron el deber de glorificar su memoria, pero aquel homenaje, bellísimo por cierto, no pasó de los justos límites municipales.

Colombia ignora a Isaías Gamboa, el poeta y ciudadano eminente, y es tan absurda y tan total esta ignorancia, que al hablar de Isaías Gamboa, poeta, la generalidad de las gentes extraña que el directorio conservador no haya hecho conocer los versos del jefe, en lujosa edición de portada azul. Si se les habla de Isaías Gamboa, soldado, nos anonadan los comentarios sobre las batallas que libró «el general» al lado de su colega Vásquez Cobo; y si se hace referencia a Isaías Gamboa, educador, las gentes dicen: Usted está equivocado, porque el general nunca fué maestro de escuela.

Los apuntes que me han servido para escribir esta crónica, los guardaba cuidadosamente desde la época venturosa de mi residencia en Cali, durante la cual tuve el honor de ser secretario del directorio liberal municipal, por designación muy gentil de su presidente, el infatigable luchador don Mateo Gamboa, a quien todavía llamo hoy «mi querido señor presidente», como él a mí, «mi querido señor secretario».

En mis conversaciones íntimas con Mateo, relativas a su ilustre hermano, aprendí a amar y a admirar al poeta con la fraternal devoción, con que lo admiraron y lo amaron en Chile. Y esta es la mejor satisfacción que le debo a «mi querido señor presidente».

Quizás ahora, el congreso liberal de 1936, quiera honrarse glorificando en una ley de honores, la memoria injustamente olvidada de Isaías Gamboa, poeta, institutor, revolucionario,

gran liberal y gran patriota. La patria debe devolver en gloria lo que sus hijos mejores le dan en prestigio y celebridad.

A raíz de la muerte del poeta, ocurrida en circunstancias tan lamentables en un sanatorio de las playas del Perú, «la Princesa» (1) puso a la orden de los intelectuales del Ateneo de Santiago algunas de las maravillosas cartas que ella recibió del poeta y que tan efectivamente influyeron para ensanchar el prestigio del escritor caleño en los países del sur.

Antes hablé de Isaías Gamboa, poeta; de Isaías Gamboa, patriota y luchador liberal; de Isaías Gamboa educador y maestro de la juventud. He de decir ahora dos palabras de Isaías Gamboa en el amor, seguro de que los documentos que he de comentar brevemente serán acogidos con fervorosa admiración por los espíritus delicados que saben apreciar y comprender estas emociones del corazón, mezcla de alegría y de dolor, de risas y de lágrimas. Y con esto habré obtenido el complemento de la doble columna en la cual se apoyará el homenaje que el congreso nacional, a nombre de la República, rendirá en breve a la memoria del personaje desaparecido, digno, por mil títulos, del afecto popular y de la admiración nacional.

Antes de llegar a Chile, y a través de los distintos países que visitó entre los 19 y los 29 años, de edad, el poeta había tenido, como es natural, sus románticos amores.

«De ello—dice uno de sus biógrafos—dan testimonio elocuentes vestigios en las composiciones poéticas publicadas antes de su llegada a Chile y hay también alusiones en su novela «La tierra nativa».

En 1899 Isaías residía en Bogotá donde su vida de soñador estuvo embellecida por un amor romántico hacia una bella dama de la aristocracia capitalina. Al estallar la revolución de

---

(1) Una chilena, novia del poeta, a quien llamaban «la Princesa».

los mil días, el poeta deshojó aquella ilusión, y fué a buscar los campamentos liberales, donde consoló su tristeza con el fragor de los combates y con los bellos poemas que le inspiró el dulce recuerdo de la amada lejana, poemas que puso más tarde en boca de Marta, heroína de su novela «Tierra nativa»:

¡Quién pudiera ser paloma  
que en un himno quejumbroso,  
con un ritmo misterioso  
te arrullara el corazón!

Fuera un canto de ternura  
en los tiempos no aprendido  
Que salvara del olvido  
con tu nombre mi canción.

En Costa Rica el poeta conquistó prontamente la admiración de los intelectuales y la simpatía del alto mundo femenino. Allá también su corazón acarició una esperanza, y como recompensa al afecto con que lo recibió en su seno la sociedad costarricense, dedicó a la figura más atractiva y gallarda de la intelectualidad femenina de aquel país, la escritora María del Rosario Guardia, uno de sus más bellos poemas.

Más tarde, en las «Prosas Selectas» que escribió en Guayaquil se desliza la figura atractiva de otra mujer... Llega a Santiago de Chile y allí escribe bellos versos que el poeta dedica a Berta, a Isabel, a María, o bien a una amiga o a una discípula, a quienes halaga siempre con sus estrofas, llenas de idealidad y de pureza:

Sufro porque la queja  
de mi consternación en mi alma deja  
el zumo amargo que en mi pecho existe;  
yo mismo contra mí lanzo el reproche,

porque siendo tú el sol y yo la noche  
hago tu vida nebulosa y triste.

Todos estos romances, de Isaías nada tuvieron de singular. Si el corazón juvenil nunca está quieto, ¿cómo no había de ser lo más natural que aquellos idilios existieran?

«Mas el último amor de Gamboa, anota Julio Molina Núñez, su biógrafo chileno más entusiasta y documentado, su amor más hondo y angustiado, el amor único, el amor verdadero, el supremo amor, había de vibrar en el alma del poeta, aquí, en esta incomparable tierra de Chile...».

Incomparable y generosa en verdad, la tierra maravillosa de Gabriela Mistral, la tierra de Magallanes Moure y de Max Jara, que para Isaías Gamboa, fué su segunda patria, más grata con él que esta patria grande, espiritual y gloriosa, que el poeta amó con delirio hasta el último instante de su atormentada existencia, que «la Princesa» embelleció con su cariño, sacrificado por un imposible fatal: la cual enfermedad que padecía el poeta, cuya visión angustiosa lo perseguía, gritándole el doloroso fin de su destino:

Y siento mi existencia perseguida  
por esa voz fatídica, nefanda,  
voz implacablemente repetida  
que me grita hasta en sueños: ¡anda, anda!  
anda, desventurado, por la vida.

El poeta y «la Princesa» se cruzan las primeras cartas en Santiago. A mediados de diciembre de 1903, «ella» se va a «Los Rosales», heredad situada hacia el sur, a un centenar de kilómetros de la metrópoli, donde Isaías se quedaba entregado a sus actividades de pedagogo, y cultivando sus queridos recuerdos. La correspondencia no se suspende durante varios meses, y de

lo que fué ese romance espiritual podemos darnos cuenta leyendo las cartas del poeta, cuya total publicación en Chile fué autorizada por «la Princesa» 24 años después de la muerte de Isaías, cartas que en Colombia no han sido publicadas hasta hoy.

Veamos algunas:

«Octubre 19 de 1903.

Princesa: Por fin, me ha devuelto usted todo lo que parecía perdido para siempre: un mundo de alegría, creado por una flor y obscurecido por una carta: aquella carta en que usted escribe la palabra IMPOSIBLE, en que parece cerrar todos los caminos de la dicha, en que usted vacila y me deja desorientado. ¡No poder verla no poder hablarle, ni siquiera escribirle! ¡Para qué, entonces, pensaba yo, se ha despertado este sentimiento, se ha revelado después de estar latente en el pecho, después de haber resistido todas las tentaciones, todas las ocasiones; para qué se ha manifestado, si al primer paso ya todo es obstáculo y ya debemos renunciar a la ventura que apenas nace?».

.....

«Noviembre 15.

... Ahora, hablemos de nuestras lecturas. Leer los dos un mismo libro es otra manera de comunicarnos, sobre todo si subrayamos o marcamos con método los pensamientos que más nos agraden. ¿Qué libros has leído? ¿Qué autores te han llamado la atención? ¿Qué género literario te gusta más? ¿Quieres decirme de quién es el pensamiento que escribes en tu carta de hoy, sobre «la mujer espléndidamente bella» o «espléndidamente apasionada?».

... Ahora, hablemos un poquito de nuestra preocupación íntima; ¿no te parece? Dime, ¿a dónde nos lleva este amor? ¿No crees que hay en él algo de misterioso, de raro, de fatal e inevitable? Caminando hacia aquí desde que nos conocimos, hemos entrado bruscamente en este círculo, que tiene de infierno y de cielo. ¿No estás desconcertada? Hermosa locura, feliz desconcierto.

¡Oh! amémonos de una manera inmensa, «espléndidamente bella, espléndidamente apasionada».

Voy a soñar contigo. Buenas noches, mi amor».

«Diciembre 11.

... Amor mío: Oye: no te había escrito, porque necesitaba que me devolvieras tus cabellos; has sido justa, noble; vuelvo a tener conmigo esa prenda querida, que ha formado parte de los encantos de tu ser. Esta devolución, este acto tuyo, lo tengo muy en cuenta para quererte más, si es posible quererte más.

Y te haré muchos versos... ¿Te figuras que los que te he mandado son los únicos que he escrito para ti?

Me has hecho sonreír con la pregunta de «si no me enojaré» porque dejas contigo el libro de Shakespeare... ¡qué chiquilla! ¿quién te ha dicho que yo pueda tener para ti enojos?

Tú no habrás leído «María», ¿no es cierto? Pero yo voy a mandarte una, para que ahora le des más importancia íntima a esa novela inmortal, recorriendo con la imaginación mi valle nativo, los bellos sitios que me vieron crecer, testigos de mis primeras aspiraciones... ¡El Cauca! Todo lo que en «María» se describe lo he visto, lo he amado, es mi tierra. Conoce en las páginas de Jorge Isaacs aquellos campos, y ámalos también, que yo no sé si volveré... Tus ojos son dos flores de loto, Perdona, Princesa; ya no quiero pensar sino en ti. Soy tuyo, te amo, ¡oh, alegría de mi vida! Forget me not».

«Diciembre 28.

... El 31 a las doce de la noche, que no falte tu corazón a la cita. Tú sentirás mi abrazo; yo, el vuelo de un ángel.

«Diciembre 29.

... Mi Princesa: Ayer te escribí con Madame Ese. Después de haberse ido ella, recibí tu carta, muy corta, pero tuya. No sabes cuánto bien me hace una sola palabra tuya, una expresión



siquiera, que me revele que no me olvidas, que no has dejado de quererme. De tus frases más dulces hago un compendio y me las repito mentalmente, pensando en el acento que emplearías tú al decírmelas. Es una íntima voluptuosidad. ¿Te pasa a ti lo mismo? ¿Sabes alguno de mis versos?

El jardín nuestro, donde nos veíamos está solo y triste. Fuí allí en las dos tardes siguientes a tu partida. ¡Cuánta desolación! Me parecía que todo repetía a mi oído: «Se fué...».

«Enero 2.

... No iré, pues, a buscarte. ¿A dónde voy? ¿A dónde iré? ¡Dios mío! ¿Qué objeto tiene el cielo, el mundo, la existencia?

Je coudrais qu'on m-aime  
comme j'aime quand j'aime

Piensa en mi último poema. Reléelo, Princesa, medítalo; allí está la amarga verdad. Por algo nos impresionamos tanto al partir tú. Hoy estoy enfermo de una desolación infinita. ¡Oh, amada mía! (Ya sé que esto es irreparable). Remember.

«Marzo 20.

... Ma lontaime aime: Lejana, sí, lejana, en una corta distancia que en sus efectos es como si fuera infinita. Viniste y apenas te vi; te fuiste y no supe cuándo. Desde que me anunciaste tu viaje, sólo estuve pensando en ese lunes 14 en que habríamos de venirnos juntos en el tren...

Me hablas de mi novela, la novela de mi nostalgia. La escribí el año pasado, y sólo algunos toques nuevos le he dado al pasarla en limpio. Me preguntas si quiero a mi patria más que a ti. Son dos amores distintos, inmensos el uno y el otro. ¿Cómo podrán armonizarse? Tanto me preocupa esto, que al releer mi novela, escrita antes del 18 de octubre, pienso si te iré a hacer

sufrir. Hay allí mucha amargura de la mía, y yo no querría sino dulzuras para ti».

«Abril 28.

... El médico me ha prohibido escribir. Los médicos no saben nada. Yo he querido escribirte y estoy bien por ello. Pocas líneas, te dije al principio. ¿Qué te parece?

«Mayo 11.

... Mi enfermedad me hace tener ideas tristes y pesimistas, que me sumen en pensamientos dolorosos... Pero hoy estoy mejor; he recibido carta tuya, te escribo; no hay sino alegría. ¡Oh, mi Princesa! ¡Te quiero inmensamente!»

«Mayo 30.

... Te agradezco mucho las acuarelas que me has enviado. Son muy lindas, como de tu inteligencia y de tus manos de artista. La última... ¡cuánto me ha hecho soñar!

¿Sabes? Es posible que en ocho días más me vaya a San Bernardo, en cualquier estado en que me encuentre. El médico me dice que aquí no mejoraré, que el clima de Santiago es mortal para mí. ¡Ah! ¿Qué sobrevendrá?

«Junio 15.

... Sonia mía: No he podido escribirte; no lo he podido moralmente. Pero ahora, ya no es posible demorar esta carta más. Nada se debe ocultar a una alma digna de recibir la verdad. Es preciso que te diga lo que ha sobrevenido de ocho días a esta parte.

Mi enfermedad ha tomado caracteres funestos. Los médicos han acordado que yo debo salir cuanto antes de aquí; que si me quedo, cada día que pase me será fatal; que el único remedio probable es alejarme de esta zona. Ante esta decisión médica, yo me pregunto: ¿A dónde ir, imposibilitado ya para la lucha, a donde sino a mi casa? El corazón me dice que me quede, por

ti. La razón me dice: ¿para qué? ¿Si tenemos que forzosamente renunciar a la felicidad? ¿Para qué? Si el quedarme no ha de juntarnos, pues habremos de ir por distintos caminos, tú a la vida, yo... «a otra parte?». Y al fin, tú tendrías que lamentar algo más triste que la ausencia...

... ¡Feliz quien ha tenido un grande amor que ilumine su vida! El que ha amado hasta la sublimidad, ya puede vivir... y ya puede morir. Tú ya puedes vivir; yo... ya puedo morir. ¡Adiós, mi Princesa encantadora! Sonia mía, bello resumen de todo lo bello de mi juventud.

*Isaías».*

Y 38 días después, el sábado 23 de julio de 1904, moría el poeta en un hospital del Perú. No alcanzó a llegar a su patria.